

Esta es una pequeña muestra
del libro *Romanos 8-16 para ti*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2018 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

EDITADO DEL ESTUDIO REALIZADO POR
TIMOTHY KELLER
ROMANOS 8-16
PARA TI



Romanos 8-16 para Ti

por Timothy Keller

Publicado por © Poiema Publicaciones, 2017

Traducido con el debido permiso del libro *Romans 8-16 for You* © Timothy Keller, 2014 publicado por The Good Book Company.

Las citas bíblicas han sido tomadas de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional* (NVI) ©1999 por Biblica, Inc. Las citas marcadas con la sigla RVC han sido tomadas de *La Santa Biblia, Versión Reina Valera Contemporánea* ©2009, 2011 por las Sociedades Bíblicas Unidas; las marcadas con la sigla LBLA, de *La Biblia de Las Américas* ©1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation; las marcadas con la sigla NTV, de *La Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente* ©2010 por las Sociedades Bíblicas Unidas; las marcadas con la sigla RV60, de *La Santa Biblia, Versión Reina Valera* ©1960 por las Sociedades Bíblicas Unidas.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio visual o electrónico sin permiso escrito de la casa editorial. Escanear, subir o distribuir este libro por Internet o por cualquier otro medio es ilegal y puede ser castigado por la ley.

Poiema Publicaciones
info@poiema.co
www.poiema.co

Categoría: Religión, Cristianismo, Teología, Estudio bíblico, Nuevo Testamento
ISBN: 978-1-944586-29-4
Impreso en Colombia
SDG

CONTENIDO

Prefacio de la serie	7
Introducción a Romanos	9
1. Luchando contra el pecado con el Espíritu 8:1-13	13
2. Viviendo como hijos de Dios 8:14-25	29
3. Enfrentando la vida con confianza 8:26-39	45
4. La soberanía de Dios 9:1-29	63
5. Nuestro deber 9:30 – 10:21	79
6. Dios e Israel 11:1-36	95
 <i>Nuevas relaciones</i>	
7. ...con Dios y con la iglesia 12:1-8	113
8. ...con el amigo y con el enemigo 12:9-21	129
9. ...como ciudadanos del Estado 13:1-14	145
10. ...entre los débiles y los fuertes 14:1-23	163
 11. Unidad y misión 15:1-33	179
12. A Dios sea la gloria 16:1-27	195
Glosario	203
Apéndices	207
Bibliografía	237

PREFACIO DE LA SERIE

Cada volumen de la serie *La Palabra de Dios para Ti* te lleva al corazón de un libro de la Biblia y aplica sus verdades a tu corazón.

El objetivo fundamental de cada título es:

- Que puedas centrarte en la Biblia
- Que glorifiques a Cristo
- Que sea aplicable para tu vida
- Que sea de fácil lectura

Puedes usar *Romanos 8-16 para ti*:

Para leer. Puedes simplemente leerlo de principio a fin, como un libro que explica y explora los temas, los incentivos y los retos de esta parte de la Escritura.

Para alimentarte. Puedes estudiar este libro durante tu tiempo devocional diario, o estudiarlo con otros en tu iglesia para profundizar en un sermón o en una serie de estudios bíblicos. Cada capítulo se divide en dos secciones más pequeñas, y al final de cada una encontrarás preguntas de reflexión.

Para guiar. Puedes usarlo como un recurso de ayuda para enseñar la Palabra de Dios, tanto en grupos pequeños como a toda la iglesia. Encontrarás explicaciones de versículos o conceptos complicados en un lenguaje llano, y temas e ilustraciones útiles acompañados de algunas aplicaciones.

Estos libros no son comentarios. No asumen que el lector conoce los idiomas originales de la Biblia ni que tiene un alto nivel de conocimiento bíblico. Las referencias a los versículos se señalan con **negritas** para que puedas encontrarlos fácilmente. Las palabras que no son de uso cotidiano o que se usan de manera diferente fuera de la iglesia

Prefacio de la serie

están señaladas en gris la primera vez que aparecen, y su definición se encuentra en el glosario que está al final del libro. Allí también encontrarás los detalles de los recursos que puedes usar junto con este, tanto para uso personal como para enseñar en la iglesia.

Nuestra oración es que seas afectado a medida que leas, no por el contenido de este libro, sino por el libro bíblico que te está ayudando a entender; y que alabes, no al autor de este libro, sino al Autor de la salvación.

Carl Laferton, Editor de la Serie

INTRODUCCIÓN A ROMANOS 8-16

El libro de Romanos es la explicación más contundente del corazón del evangelio, y el análisis más apasionante de la forma en que ese evangelio obra en nuestros corazones.

Los primeros siete capítulos explican las maravillosas verdades del evangelio: de la justificación por la fe, de la unión con Cristo, de la salvación solo por medio de Cristo y no por medio de nuestras obras. Esos capítulos hablan acerca de todo esto, y con mucha profundidad. Puedes encontrar todas estas verdades explicadas, disfrutadas y aplicadas en el primer volumen de este libro, *Romanos 1 – 7 para ti*.

Luego viene la segunda mitad del libro. En los capítulos 8 al 16, Pablo va a seguir contestando una pregunta que comenzó a hacer en los capítulos 5 al 7: *¿Cómo es que tener fe en el evangelio de Cristo conduce a una vida transformada?*

Pablo le estaba escribiendo a la iglesia en Roma alrededor del año 57 d.C., durante su tercer viaje misionero, muy probablemente desde Corinto, Grecia. Esta era una iglesia formada por convertidos judíos y gentiles; una iglesia de cristianos que estaban comprometidos, pero que aún eran nuevos. Aunque Pablo todavía no los había conocido en persona, sabía que lo que más necesitaban era el evangelio. Pero Él no solo quería que ellos entendieran el evangelio, sino que su anhelo era que *amaran* y *vivieran* el evangelio. El cristianismo no es esencialmente un asunto de la mente o de la voluntad; es un asunto del corazón, de un corazón que está saturado del evangelio y en el cual habita el Espíritu Santo. Ese es el corazón que lleva a un verdadero cambio en nuestra forma de pensar y de comportarnos.

En un sentido, Romanos 8 – 16 se presenta en dos secciones, y cada una comienza con: “Por lo tanto”. En primer lugar, en 8:1 Pablo nos dice: *“Por lo tanto, ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús”*. Este es el resumen del fundamento de la seguridad cristiana. Para el creyente, nunca puede haber condenación por parte de su Padre celestial, ni nada que lo separe de Él. ¿Por qué?

Introducción a Romanos

Por la obra de Su Hijo en la cruz, y por la obra que Su Espíritu hace en nuestros corazones. Tal como Pablo muestra en los capítulos 9 – 11, toda nuestra salvación se basa en la elección de Dios, y esto nos lleva a ser humildes y a estar confiados en Él.

En segundo lugar, en los versículos 12:1-2 Pablo dice: “*Por lo tanto, hermanos, tomando en cuenta la misericordia de Dios, les ruego que cada uno de ustedes, en adoración espiritual, ofrezca su cuerpo como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios. No se amolden... sino sean transformados mediante la renovación de su mente*”. Este es un resumen de toda la vida cristiana. La motivación del creyente debe ser la gratitud. Vivimos para agradecer a nuestro Padre celestial por medio de nuestra obediencia, aunque nos cueste o sea incómodo. El resto de Romanos nos muestra cómo podemos ofrecernos “como sacrificio vivo” en todas las áreas de nuestra vida.

El gran predicador galés del siglo veinte D. Martyn Lloyd-Jones escribió sobre Romanos:

“De todas las joyas, esta es una de las más brillantes. Alguien ha dicho que la piedra, o la colección de piedras, más brillante y lustrosa de toda la Escritura es esta epístola a los Romanos, y que de estas [el capítulo 8] es la joya más brillante. El [capítulo] más conmovedor [de Romanos] es este capítulo 8”.

(Romanos capítulos 7:1 – 8:4, pp. 258-259)

Personalmente, creo que la parte más maravillosa del libro de Romanos es 8:5, donde Pablo resume cómo cambiamos de adentro hacia afuera; cómo somos profundamente transformados. “Los que viven conforme al Espíritu”, dice él, “fijan la mente en los deseos del Espíritu”. Para crecer en Cristo y ser transformados a Su imagen, tenemos que fijar nuestra mente en las cosas espirituales, en las cosas de arriba. Tenemos que aprender a meditar en el evangelio y a pensar en él hasta que se vuelva real en nuestros corazones y se convierta en el fundamento de todo lo que hacemos.

Siempre he creído que en el corazón de Romanos 8 encontramos el secreto para realmente aplicar el evangelio a nuestros corazones

y así ser profundamente transformados; y que el resto de Romanos te muestra cómo se ve ese cambio de manera práctica. Oro para que a medida que leas la segunda mitad de esta maravillosa carta, tu corazón esté fascinado con el evangelio, tu mente sea moldeada por el evangelio, y tu vida sea transformada por el evangelio.

De toda la Escritura, Romanos es tal vez el libro del que más se ha escrito. Abarca temas muy controversiales, así que en los apéndices he incluido una estructura esquematizada y detallada de los últimos nueve capítulos de la carta. Los capítulos 9 – 11 son de los más difíciles de toda la Biblia, tanto para entenderlos como para apreciarlos, por lo que hay un apéndice que trata de manera más extensa la doctrina de la elección soberana de Dios.

Pero este recurso no tiene la intención de ser exhaustivo ni de tener la última palabra en cuanto a esta carta. No es un comentario: no profundiza como lo haría un comentario ni tampoco interactúa detalladamente con estudios históricos o recientes. Es una guía expositiva que abre las Escrituras y sugiere algunas maneras en que se pudieran aplicar a nosotros hoy en día.

Siempre he creído que en el corazón de Romanos 8 encontramos el secreto para ser profundamente transformados.

1. LUCHANDO CONTRA EL PECADO CON EL ESPÍRITU

En Romanos 7, Pablo nos mostró que los cristianos todavía luchan con el **pecado*** remanente que mora en ellos. Él dice: “En cambio, hago lo que odio” (7:15, NTV). Pero, al mismo tiempo, los cristianos ahora tienen una conciencia renovada—les repugna el pecado y (ahora) no pueden disfrutarlo por mucho tiempo: “... hago lo que *odio*”. Estas dos realidades nos guardan del legalismo que dice: “Los verdaderos cristianos ya no luchan con el pecado”, o de la permisividad que dice: “Los verdaderos cristianos son humanos; pecan como cualquier otra persona”. Ahora el Espíritu de Dios habita en nosotros y ha transformado “lo íntimo de [nuestro] ser” y de nuestro yo (7:22), así que anhelamos a Dios y queremos ser santos, pero nuestra “carne” o nuestra “naturaleza pecaminosa” todavía es lo suficientemente poderosa como para evitar que actuemos según nuestros nuevos deseos.

Pero Romanos 7 no dice todo acerca de la vida cristiana. De hecho, si no “vivimos... según el Espíritu” (8:4†), nuestra nueva condición—una “doble naturaleza”—podría llevarnos a experimentar aún más angustia. Pablo nos da instrucciones sobre cómo vivir en el Espíritu. Si no las seguimos, siempre estaremos haciendo lo que odiamos.

* Las palabras en **gris** se definen en el glosario (p. 203).

† Todas las referencias a los versículos de Romanos estudiados en cada capítulo de este libro se encuentran en **negritas**.

No hay ninguna condenación

Pero antes de mostrarnos cómo vivir según el Espíritu de Dios, Pablo nos quiere mostrar cómo el Hijo de Dios nos ha dado vida. El **versículo 1** comienza con “por lo tanto”—él podría estar remontándose a secciones como 3:21-27 (tal como lo sugiere John Stott) o a los dos capítulos anteriores (que es la posición de Douglas Moo), donde Pablo describe al cristiano como una persona sobre la cual el pecado sigue siendo poderoso pero cuyo “verdadero” ser es “esclavo de la ley de Dios” (7:25 PDT), y como alguien que puede aferrarse a la esperanza de que será rescatado “de este cuerpo mortal... por medio de Jesucristo nuestro Señor” (7:25).

No importa qué tan atrás esté a lo que Pablo se está refiriendo en su carta, la gran verdad de 8:1 se resume en cuatro palabras: “... no hay ninguna **condenación**...”. Estas cuatro palabras nos dicen cuál es nuestra posición como cristianos. Estar “no condenado” es, por supuesto, un término legal; quiere decir estar libre de cualquier deuda o castigo. Nadie tiene ningún cargo en tu contra. Una persona que está en Cristo Jesús no está bajo ninguna condenación de Dios. Pablo ya dijo esto en Romanos 5:16 y 18.

¡Esto es tremendo! ¡Esto quiere decir que Dios no tiene nada contra nosotros! Él no encuentra ninguna falta en nosotros. Él no encuentra nada por lo cual castigarnos.

Sin embargo, Pablo no solo dice que los cristianos están “no condenados”. Esta frase es mucho más fuerte. Él dice que para los cristianos no hay ninguna condenación. La condenación no existe para nosotros.

No es que nos libramos por un tiempo sabiendo que pudiera regresar. No; no hay ninguna condenación para nosotros, ya no existe.

La razón por la que es importante destacarlo es que muchos creen que el cristiano solo es libre de condena-

ción de forma temporal. Muchos quieren limitar el significado de esta frase a nuestro pasado, o a nuestro pasado y presente. Pero Pablo

No hay ninguna
condenación
para nosotros,
ya no existe.

está diciendo categóricamente que para un creyente la condenación ya no existe. ¡No está esperando el momento oportuno para regresar y nublar nuestro futuro!

Muchos creen que los cristianos que confiesen su pecado y luego vivan una vida de obediencia son perdonados y, en ese momento, no están condenados. Pero creen que si vuelven a pecar, volverían a estar bajo condenación hasta que vuelvan a confesar su pecado y se arrepientan. En otras palabras, si un hombre cristiano peca, vuelve a estar bajo condenación y podría perder su salvación si muere en ese estado. Si esto fuera verdad, entonces los cristianos siempre estarían entrando y saliendo de la condenación.

Pero este punto de vista no cuadra para nada con la exhaustividad y la intensidad de la declaración que hace Pablo. Él dice, literalmente, que la condenación misma ya no existe para nosotros—“ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús” (8:1). Por tanto, en el momento en que venimos a Cristo Jesús, la condenación se va para siempre. Ya no *queda* más condenación para nosotros—ya se ha ido. *Nunca puede haber* condenación para nosotros. ¡Para nosotros no queda nada sino Su aceptación y bienvenida!

El problema de la mala memoria

El gran predicador galés del siglo veinte llamado D. Martyn Lloyd-Jones dijo que: “La mayor parte de nuestros problemas se deben a que no nos damos cuenta de la verdad que contiene este versículo”. ¿Qué pasa si se nos olvida que “ya no hay ninguna condenación”?

Por un lado, sentimos mucho más dolor, culpa e indignidad de lo que deberíamos. Esto nos puede llevar a una gran sensibilidad a la crítica y a estar siempre a la defensiva; a una falta de confianza en las relaciones; a una falta de confianza y de gozo en la oración y en la adoración; y hasta a un comportamiento adictivo que puede ser una reacción a una profunda sensación de culpa e indignidad.

Por otro lado, vamos a estar mucho menos motivados a vivir una vida **santa**. Vamos a tener menos recursos para el dominio propio.

Los cristianos que no entienden que “no hay ninguna condenación” solo obedecen porque son motivados por el miedo y la obligación. Esa motivación no es tan poderosa como la motivación del amor y de la gratitud. Si no captamos la maravilla de que “ya no hay ninguna condenación”, tal vez entenderemos las palabras del resto de **8:1-13**, ¡pero no entenderemos el *sentido* del pasaje! Lloyd-Jones nos lo resume con una ilustración que me parece muy útil:

“La diferencia que existe entre un incrédulo que peca y un cristiano que peca es la diferencia que existe entre un hombre que quebranta las leyes de... [el] Estado, y... un esposo [que] ha hecho algo que no debería haber hecho en su relación con su esposa. Él no está quebrantando la ley, está hiriendo el corazón de su esposa. Esta es la diferencia. Ya no es un asunto legal, sino que tiene que ver con una relación personal y... [con el] amor. El hombre no deja de ser el esposo [legalmente, en ese caso]. La ley no tiene nada que ver en el asunto... En un sentido, ahora es algo mucho peor que una condenación legal. Prefiero quebrantar una ley... que herir a alguien a quien amo... [En ese caso] Has pecado, por supuesto, pero has pecado contra el amor... [así que] Puedes y debes sentirte avergonzado, pero no debes sentirte condenado, porque eso sería volver a colocarte ‘bajo la ley’”.

(Romanos capítulos 7:1 – 8:4, pp. 271-272)

No hay esclavitud

El **versículo 1**, entonces, nos recuerda el argumento central de Romanos 1 – 7: para los creyentes no hay ninguna condenación por el pecado. El **versículo 2** explica un segundo aspecto de la victoria que Dios obtuvo, en representación nuestra, sobre el pecado—ahora tampoco hay **esclavitud** al pecado. “Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús” —la fe en Él—“me ha librado de la ley del pecado y de la muerte” (**v 2** RVC). Tal como vimos en Romanos 7 (ver *Romanos 1 – 7 para ti*, pp. 181-182), Pablo usa la palabra “ley” para referirse a:

- (a) La ley o los estándares de Dios.
- (b) Un principio general.
- (c) Una fuerza o poder.

Así que en **8:2**, parece bastante claro que “la ley” se refiere al tercer significado. El Espíritu Santo viene para darnos libertad de la esclavitud al pecado que hay en nuestros corazones. Así que el **versículo 1** nos dice que somos liberados de la condenación legal del pecado, y el **versículo 2** que estamos siendo liberados del poder del pecado. Dicho de otra manera, la salvación trata con nuestra culpa legal (**v 1**) y con nuestra corrupción interna (**v 2**).

Algunas personas se preguntan acerca de la relación que existe entre el **versículo 1** y el **versículo 2**. Pablo básicamente dice: “No hay ninguna condenación para los cristianos porque el Espíritu Santo nos libera del pecado”. Esto se podría interpretar en el sentido de que nuestra **santificación** por parte del Espíritu Santo es la causa o el fundamento de nuestra **justificación** —es decir que a medida que luchamos contra el pecado y obedecemos a Dios que somos reconciliados con Él.

Pero todo lo que Romanos dice hasta este punto niega esa posibilidad. En lugar de esto, lo que Pablo parece estar diciendo es: “Sabemos que no estamos bajo condenación porque Dios ha enviado al Espíritu Santo a nuestra vida para liberarnos del pecado”.

Cómo Dios lo hizo

En los **versículos 3-4**, Pablo nos muestra cómo Dios logró los dos aspectos de la salvación (eliminar la culpa y eliminar la esclavitud). En primer lugar, Dios envió a Su Hijo para que se hiciera hombre (“... en condición semejante a nuestra condición de pecadores...”, **v 3**) y se convirtiera en una ofrenda por el pecado. Dicho de otro modo, la muerte de Cristo derrota al pecado legalmente al pagar la deuda. En segundo lugar, Dios lo hizo no solo para derrotar legalmente al pecado, sino para erradicarlo de nuestras vidas: “... a fin de que las

justas demandas de la ley se cumplieran en nosotros, que... vivimos... según el Espíritu". La obra del Espíritu Santo en nosotros nos capacita para obedecer la ley (nunca de una forma perfecta, así que nunca contribuirá a nuestra salvación ni la perjudicará). El gran pastor británico John Stott lo explicó así:

"Somos liberados de la obediencia a ley como medio de aceptación, pero ahora es obligatoria como medio de santidad. Ya no estamos obligados a cumplir la ley para ser justificados... Pero sí estamos obligados a tenerla como nuestro estándar de conducta, tratando de cumplirla a medida que vivimos según el Espíritu".

(Hombres hechos nuevos, pp. 82-83)

Pero, ¿por qué envió Dios a Su Hijo para que sufriera nuestra condenación, y a Su Espíritu para poner fin a nuestra esclavitud? El

Todo lo que Cristo hizo por nosotros fue con el propósito de que viviéramos una vida santa.

versículo 4 nos dice que todo lo que Cristo hizo por nosotros —Su **encarnación** ("... envió a Su propio Hijo en condición semejante a nuestra condición de pecadores..." , **v 3**), Su muerte y Su resurrección— fue con el propósito de que viviéramos una vida santa. Este punto es sorprendente. El propósito de toda la vida de Jesús es hacernos santos,

cumpliendo "las justas demandas de la ley". Esta es la mejor motivación para vivir una vida santa. Cada vez que pecamos, ¡nos estamos esforzando por frustrar la meta y el propósito de toda la vida, muerte y ministerio de Jesucristo! Si esto no te motiva a vivir una vida santa, nada lo hará.

La mente importa

En el resto de esta sección (de hecho, en el resto del capítulo), Pablo se va a enfocar en el segundo gran beneficio de estar "en Cristo"—vencer

el pecado en nuestras vidas. Después de todo, tal y como mostró detalladamente en el capítulo 7, no es solo que no podemos salvarnos a nosotros mismos, sino que tampoco tenemos la capacidad de obedecer por nosotros mismos. Si queremos experimentar un cambio verdadero, no podemos confiar en nuestros propios esfuerzos, sino únicamente en la obra del Espíritu.

¿De qué manera vencemos al pecado con el Espíritu? O, para ponerlo de otra manera, ¿cómo “[vivimos] conforme al Espíritu” (8:5), de la forma en que nuestro yo interno realmente desea (7:22)? Los que hacen esto son los “que fijan la mente en los deseos del Espíritu” (8:5). Pablo dice que la manera en que vivimos está íntimamente conectada a la manera en que pensamos. Literalmente, dice: “Los que viven conforme a la naturaleza pecaminosa fijan la mente en los deseos de tal naturaleza; en cambio, los que viven conforme al Espíritu fijan la mente en los deseos del Espíritu”. En otras palabras, aquello en lo que hayas fijado tu mente moldeará tu estilo de vida y tu carácter. ¿Qué quiere decir “[fijar] la mente”? Significa enfocarse intencionalmente en algo, que la atención y la imaginación estén completamente cautivadas por algo.

William Temple, el Arzobispo de Canterbury que vivió en el siglo veinte, dijo: “Tu religión es lo que haces cuando estás a solas”. Dicho de otra manera, aquello que te venga a la mente de forma natural cuando no haya nada más que te distraiga—esa es tu verdadera razón de vivir. Esa es tu religión. Tu vida será moldeada por lo que sea que preocupe a tu mente. La derrota del pecado en nuestras vidas comienza en nuestras mentes; y la única forma de obtener victoria sobre el pecado es fijando nuestras mentes en el Espíritu.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Hay momentos en los cuales sientes que estás bajo condena-
ción? ¿Qué te lleva a sentirte de esta manera; y cómo vas a ase-
gurarte de que la próxima vez recuerdes que “ya no hay ninguna
condenación”?
2. Vimos que el ministerio de Jesús fue con el fin de hacerte santo.
¿Cómo te motiva esta verdad a vivir de una forma diferente hoy?
3. ¿Qué haces cuando estás a solas? ¿Cómo vas a fijar tu mente en
el evangelio hoy?

PARTE DOS

Así que una pelea exitosa contra el pecado comienza por “[fijar] la mente en los deseos del Espíritu” (8:5). Esto no es lo mismo que dedicarse a pensar únicamente en la religión o en la **teología**. Los “deseos” del Espíritu serán esas cosas que el Espíritu nos señale como importantes; “fijar la mente” en el Espíritu sería preocuparse por las cosas que le preocupan al Espíritu.

¿Cuáles son esos deseos? En el resto del capítulo 8, veremos que el Espíritu viene para mostrarnos que somos hijos del Señor. Esto lo exploraremos más a fondo en el siguiente capítulo, pero aquí vale la pena señalar esos “deseos” o verdades en los cuales el Espíritu quiere que nos “fijemos”:

- El versículo 14 nos dice que “todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios”.
- Los versículos 15-16 nos dicen que el Espíritu quita el miedo al rechazo y nos asegura que somos los hijos amados de Dios.
- Los versículos 26-27 nos dicen que el Espíritu nos da la confianza para acercarnos a Dios en oración.

En otras palabras, el resto de Romanos 8 nos dice que el Espíritu se ocupa de asegurarnos que hemos sido adoptados, amados y acogidos en Cristo.

Un pasaje paralelo es Colosenses 3:1-4: “Ya que han resucitado con Cristo, busquen las cosas de arriba, donde está Cristo sentado... su vida está escondida con Cristo en Dios”. Aquí Pablo nos dice que nos preocupemos por “las cosas de arriba”. Tenemos que recordar que hemos sido resucitados con Cristo y que en Él somos aceptados ante el Padre. Aquí no se menciona al Espíritu, pero

Fijarse en los deseos del Espíritu significa no olvidar nuestra posición privilegiada.

el principio es el mismo. Tenemos que estar preocupados por recordar continuamente nuestra posición en Cristo. Tenemos que grabar en nuestras mentes y corazones Su amor por nosotros y nuestra adopción a Su familia. "...[fijar] la mente en los deseos del Espíritu" (8:5) se refiere a que nunca olvidemos nuestra posición privilegiada o el hecho de que somos amados, y a que hagamos que esto sea lo que domine nuestro pensamiento, nuestras perspectivas y, por lo tanto, nuestras palabras y acciones.

A todo el mundo le preocupa algo

A fin de cuentas, dice Pablo, todos van a "[fijar] la mente" en algo —nos preocuparemos por las cosas del Espíritu o por "la naturaleza pecaminosa" (v 5). "La naturaleza pecaminosa" es la manera en que la NVI traduce la palabra griega *sarx*—la RVC y LBLA la traducen como "carne". Se refiere a los deseos y lo que serían los dictados de nuestros sentidos; a una **cosmovisión** que es terrenal en vez de ser bíblica, y que es egocéntrica en lugar de estar enfocada en Cristo.

Lo que sea que preocupe nuestra mente controlará nuestra vida—y una preocupación resulta en muerte, mientras que la otra resulta en vida y paz (v 6). Evidentemente, alguien que no posea el Espíritu de Dios, es decir, que no sea cristiano (v 9b), está enfrentando la muerte eterna de la justa condenación de Dios. Pero Pablo aquí no se refiere simplemente, ni siquiera principalmente, a la vida y a la muerte en un sentido futuro. Más bien, se está refiriendo al quebrantamiento y a la sensación de desarraigo que los que "fijan la mente en los deseos [pecaminosos] de la naturaleza" (v 5) experimentan en esta vida. Dios creó a la humanidad para que floreciera al tener una relación con Él, para que disfrutáramos conocerle mientras vivimos en Su mundo. Así que estar controlados por nuestros propios deseos, en vez de por los Suyos, solo puede conducir a una vida muy inferior a lo que se supone que debería ser. Esto conduce al conflicto (internamente y con los demás) en vez de a la paz, a la esclavitud en vez de a la libertad (ver Romanos 6), y a la muerte en vez de a la vida.

Podemos tomar cualquier emoción negativa y ver cómo esto funciona. Digamos que estoy extremadamente preocupado por algo. La inquietud es inevitable a menos que uno sea una persona totalmente indiferente y desinteresada. Si nos importan las causas, la gente o nuestras metas, nos vamos a preocupar o tendremos cierta inquietud. Pero si la preocupación se convierte en algo **debilitante**, es porque se me está olvidando que soy un hijo de Dios, y que mi Padre celestial solo ejerce Su control sobre el universo para el bien de los Suyos. Preocuparse demasiado es olvidar “los deseos del Espíritu”.

Otro ejemplo es cuando somos movidos por la culpa y por un sentido de indignidad. Una señal de esto es cuando nos involucramos en demasiadas cosas, cuando asumimos un número aplastante de responsabilidades porque estamos tratando de “saldar” o “compensar” nuestro pecado. En este caso, también se nos están olvidando los “deseos del Espíritu”. 1 Juan 3:20 dice que “aunque nuestro corazón nos condene, Dios es más grande que nuestro corazón”. Cuando nos sintamos indignos, debemos recordar que somos hijos adoptados, y que hay una autoridad que es superior a la de nuestros corazones.

Enemiga de Dios

Romanos **8:7** es claro y sencillo: “La mentalidad pecaminosa es enemiga de Dios”. La mente no es un terreno neutral, y no puede amar una preocupación sin rechazar otra. Una mente que “fija su atención en lo que es de la carne” (RVC) está tratando a Dios y a los deseos de Su Espíritu como enemigos. Es por esto que nuestras mentes son naturalmente incapaces de lidiar con el pecado. Podríamos darnos cuenta de que cierto tipo de impulso no es provechoso, o de que un curso de acción determinado es destructivo. Incluso podríamos decidir suprimirlo y lograrlo exitosamente. Pero la raíz del pecado todavía está arraigada en la mente—la enemistad contra Dios. Así que el pecado seguirá creciendo desenfrenadamente en nuestras vidas.

Esa enemistad nos hace incapaces de agradar a Dios. El **versículo 8** es una declaración igualmente contundente: “Los que viven según la

naturaleza pecaminosa no pueden agradar a Dios". Por nosotros mismos, somos totalmente incapaces de vivir vidas que agraden a nuestro Creador. ¿Por qué? Porque la mente que controla nuestras acciones lo hace motivada por la enemistad contra Él. La persona que es controlada por su propia carne es capaz de tener un buen pensamiento o de llevar a cabo una acción que sea correcta. Pero no puede agradar a Dios, pues eso que piensa o lleva a cabo lo hace en oposición a Él.

Aquí tienes una ilustración para que lo entiendas mejor: un hombre en una guerrilla puede estar protegiendo a sus compañeros, puede mantener su uniforme en buen estado, y así sucesivamente. Esas cosas son "buenas", pero las hace porque está enemistado con el gobernante legal. ¡Nunca esperarías que ese gobernante estuviera complacido al escuchar de la escrupulosidad o de la valentía de este rebelde!

Pero esta no tiene que ser, o no debe ser, la manera de vivir de "ustedes"—los cristianos (**v 9**). Los cristianos no son controlados por su naturaleza pecaminosa sino por el Espíritu, pues el Espíritu mora en los que son de Cristo. Cuando recibimos a Cristo y pasamos a ser justos ante Dios, el Espíritu Santo vino a nuestro interior y nos dio vida espiritual. El cristiano tiene un cuerpo que se está corrompiendo (**v 10**), pero al mismo tiempo goza de un espíritu que está vivo.

Y ahora, dice Pablo, no solo se trata de que nuestros espíritus/mentes no sigan a nuestra carne, sino que tenemos la certeza de que llegará el día en que nuestra carne seguirá a nuestro espíritu. En el pensamiento griego, lo físico era malo, había que rechazarlo, pues algún día quedaría en el olvido; lo espiritual era bueno, había que procurarlo. El **versículo 11** anula todo esto: "... el mismo que levantó a Cristo de entre los muertos también dará vida a sus cuerpos mortales por medio de Su Espíritu, que vive en ustedes". Algún día, el Espíritu hará que incluso nuestros cuerpos sean totalmente renovados y vivan por la eternidad. Aquí no hay un dualismo (cuerpo malo, espíritu bueno)—un día, ambos serán perfeccionados.

Sin embargo, por ahora, seguimos teniendo una naturaleza pecaminosa que se opone a nuestro crecimiento espiritual. Mientras

esperamos que a nuestros cuerpos se les dé vida (v 11), debemos “[darle] muerte a los malos hábitos del cuerpo” (v 13—es mejor ver el final de este versículo como el final de una oración, a diferencia de como lo pone la NVI). Tal como argumenta John Stott, es probable que Pablo se siga refiriendo a una experiencia de vida, y muerte, en el presente—no en el futuro. Es como si Pablo estuviera diciendo: “Si no le haces caso a tu naturaleza pecaminosa—si la dejas prosperar y crecer—sufirás las terribles consecuencias. En lugar de esto, debes atacarla y darle muerte por medio del Espíritu. Mientras más le des muerte a la naturaleza pecaminosa, más vas a disfrutar de la vida espiritual que da el Espíritu Santo—vida y paz (v 6)”.

La mortificación

Este proceso de “dar muerte” es lo que los teólogos de antaño solían llamar “mortificación”. Sacaron la palabra de una antigua traducción del **versículo 13**: “... mas si por el Espíritu [mortificas] las obras de la carne, [vivirás]” (RV1862).

Así que ¿qué nos dicen los **versículos 12-13** acerca del significado de la mortificación y de cómo la llevamos a cabo? En primer lugar, implica una resistencia insistente y de todo corazón a la práctica pecaminosa. La misma palabra que se traduce como “dar muerte” (la palabra griega *thanatoute*) es violenta y total. Quiere decir rechazar de manera completa todo lo que sepamos que está mal; declararle la guerra a las actitudes y a los comportamientos que estén mal —no dar cuartel, hacer todo lo que se pueda para lograr que algo tenga éxito.

Esto significa que un cristiano no juega con el pecado. No te propones alejarte *poco a poco*, ni dices: *Yo puedo mantenerlo bajo control*. Te alejas del pecado tanto como sea posible. No solo evitas las cosas que sabes que son pecado; evitas las cosas que te llevan al pecado, e incluso las cosas que son dudosas. ¡Esto es una guerra!

En segundo lugar, significa que cuando el cristiano se acuerda de aplicar el **evangelio**, su motivación cambia. Este proceso de “mortificación” va más allá de meramente resistirse al comportamiento

pecaminoso. Es uno que examina la motivación del corazón. El versículo 12 dice: "Por tanto, hermanos, tenemos una obligación, pero no es la de vivir conforme a la naturaleza pecaminosa". Esta declaración es crucial. "Por tanto" se refiere a la declaración anterior, en la que Pablo dice que hemos sido redimidos por la justicia de Cristo y que algún día nuestros cuerpos serán resucitados y seremos totalmente liberados de todo mal y dolor. Después se vuelve y dice: "Por tanto... tenemos una obligación...". Algunas traducciones expresan esto de un modo distinto: "Así que, hermanos, somos deudores, no a la carne..." (LBLA). A lo que Pablo se refiere es que si nosotros recordamos lo que Cristo ha hecho y hará por nosotros, nuestro amor y gratitud hacia Él nos moverán a servirle y conocerle mejor.

Pablo está diciendo que el pecado solo se puede cortar de raíz si nos exponemos constantemente al inimaginable amor de Cristo por

Cuando el terreno
de nuestro
corazón es uno de
autocompasión
y creemos que
otros nos deben,
el pecado crecerá.

nosotros. Esa exposición nos mueve a la gratitud y a un sentimiento de deuda hacia Él. Cuando el terreno de nuestro corazón es uno de autocompasión y creemos que otros nos deben, el pecado crecerá. "¡No estoy recibiendo un trato justo! ¡Mis necesidades no se están satisfaciendo! ¡He tenido una vida difícil! ¡Dios me debe; la

gente me debe; *yo me debo!*". Esa es la actitud de un corazón autocompasivo. Pero, dice Pablo, debes recordarte a ti mismo que eres un deudor. Si te esfuerzas por recordar continuamente la **gracia** de Dios, eso debilitará y matará el pecado en tu corazón, de donde salen todos tus deseos y motivaciones.

Por lo tanto, ese "[dar] muerte" (**v 13**) es parte de "[fijar] la mente en los deseos del Espíritu" (**v 5**). La mortificación debilita el poder que el pecado tiene sobre ti, pues al enfocarte en la redención de Cristo tu corazón reboza de gratitud y amor; esto te lleva a odiar el

pecado en sí mismo, y así va perdiendo el poder de atracción que tiene sobre ti.

Entonces, en resumen, matamos al pecado en el Espíritu cuando nos apartamos radicalmente de las prácticas pecaminosas y cuando eliminamos las motivaciones pecaminosas de nuestro corazón al recordar nuestra deuda a Dios por Su amor y gracia, lo cual logramos al fijar la mente en los deseos del Espíritu.

Predicando la gracia a nuestras mentes

Esto quiere decir que si tomamos en serio esto de mortificar los delitos del cuerpo (¡y los **versículos 6 y 13** deben ser motivación suficiente para tomar esto en serio!), tenemos que estar predicándonos mini sermones centrados en la gracia a lo largo de nuestro día, y sobre todo cuando seamos tentados.

Recuerda, tu vida es una expresión de tu mente (**v 5**). Y muchos cristianos tratan de controlarse a sí mismos con mini sermones centrados en la ley. Nos decimos cosas tales como: “Si hago eso, Dios me va a castigar”, o: “Eso va en contra de mis principios cristianos”, o: “Eso va a hacer daño a la gente que está a mi alrededor”, o: “Me voy a avergonzar”, o: “Eso va a lastimar mi autoestima”, o: “Me voy a odiar en la mañana”. Algunas de estas cosas, o todas, pueden ser verdad—¡pero Pablo nos dice que no son las adecuadas! No matan al pecado. Eso es llevar tu tentación a la ley y usar el miedo para disuadirte.

Tenemos que usar la lógica del evangelio. “¡Mira lo que Dios ha hecho por mí! ¿Y así le respondo?”. Debemos llevar nuestras tentaciones al evangelio y ver el amor de Dios por nosotros al enviar a Su Hijo a la cruz y a Su Espíritu a nuestros corazones, al mostrarnos la vileza de ese pecado, al motivarnos a amar a nuestro Salvador, y al eliminar nuestro deseo de vivir según la carne.

Así es como un pastor puritano, John Owen, le predicaba a su corazón con el evangelio:

“¿Qué he hecho? ¿Qué amor, qué misericordia, qué sangre, qué gracia he despreciado y he pisoteado? ¿Así es como le pago al

Padre por Su amor, al Hijo por Su sangre, al Espíritu Santo por Su gracia? ¿Así le correspondo al Señor? ¿He ensuciado el corazón que Cristo lavó en Su muerte?... ¿Qué le puedo decir a mi amado Señor Jesús?... ¿Tengo en tan poco valor la comunión con Él?... ¿He de procurar decepcionar el propósito de la muerte de Cristo?”.

(John Owen, *Sobre la mortificación del pecado en los creyentes*)

Preguntas para reflexionar

1. ¿Puedes pensar en qué formas has experimentado, o estás experimentando, la “muerte” de olvidar los deseos del Espíritu? ¿Y la “vida y paz” que trae el fijar tu mente en ellos?
2. ¿Hay algún pecado con el cual estés jugando en lugar de tratar de mortificarlo?
3. ¿Cómo vas a predicarte a ti mismo acerca de la gracia hoy?

2. VIVIENDO COMO HIJOS DE DIOS

Si queremos entender lo que significa ser cristiano, y por qué ser un cristiano es un privilegio, tenemos que valorar la adopción divina. Tenemos que comenzar a captar la magnitud de las declaraciones que Pablo hace de que “los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios” (8:14); y de que “somos hijos de Dios” (v 16).

“La noción de que somos hijos de Dios, Sus propios hijos... es la esencia de la vida cristiana... Nuestra filiación divina es la cima de la creación y la meta de la redención”.

(Sinclair Ferguson, *Hijos del Dios vivo*, pp. 5-6)

La adopción era un procedimiento legal mucho más frecuente en la sociedad romana que en la cultura hebrea o en la del Oriente Cercano. Pablo, como ciudadano romano, hubiera estado familiarizado con ella. Por lo general, la adopción ocurría cuando un adulto rico no tenía un heredero para sus posesiones. Él entonces adoptaba a alguien como su heredero—podía ser un niño, un joven o un adulto. Inmediatamente ocurría la adopción, varias cosas pasaban a ser ciertas acerca del nuevo hijo. En primer lugar, sus antiguas deudas y sus obligaciones legales se liquidaban; en segundo lugar, tenía un nuevo nombre e instantáneamente pasaba a ser el heredero de todo lo que el padre tenía; en tercer lugar, su nuevo padre se hacía responsable de todas sus acciones (sus deudas, crímenes, etc.); pero, en cuarto lugar, el nuevo hijo también tenía nuevas obligaciones para honrar y agradecer a su padre. Este pasaje está tomando todo esto en cuenta.

A lo largo de este pasaje, a los cristianos se les llama “hijos” (*huioi*, hijos varones) de Dios (v 14, 15, 19) y tres veces se les llama “hijitos” (*teknon*, hijos e hijas) de Dios (v 16, 17, 21). Es cierto que en Roma la

Esperamos que hayas disfrutado de esta pequeña muestra del libro *Romanos 8-16 para ti*.

Para conseguir el libro completo y conocer más acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2018 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!